

la Real Academia de la Historia, a las vías de carácter general, las del Itinerario de Antonino, había que añadir ineludiblemente todas las provinciales y vecinales. No se pueden entender, en efecto, las vías principales y su tráfico de grandes mercancías sin la presencia de otras vías más regionales o locales, es decir, sin una red viaria más o menos densa. De hecho, en las rutas que siguen algunos de los caminos antiguos considerados por el autor como no romanos se han encontrado piezas arqueológicas, incluidos miliarios, de esa procedencia, lo que constata al menos flujos de circulación y, por consiguiente, algún tipo de camino, ya fuese de baja, media o alta tecnología. Todo lo cual, en el estado actual de la investigación en este ámbito, lleva a numerosas preguntas y pocas respuestas: si esos caminos secundarios se construyeron según la técnica de los principales, por qué no se ha encontrado ningún vestigio de esas características; si para esos casos optaron por otros modelos de menor infraestructura, cómo pudieron soportar el tráfico de grandes carros; y si estaban diseñados para otros medios de transporte más modestos, cuáles eran esos medios; incluso, por descabellado que le pueda parecer a Moreno, cabe también preguntarse si no se utilizaron para ciertas funciones e itinerarios los preexistentes caminos indígenas (y, ya puestos, hasta los carros).

En definitiva, mientras todas esas cuestiones se dilucidan, el libro de Moreno supone sin duda una ineludible y gran aportación tanto en sus contenidos como en su método. En este último sentido, su obra obliga a quienes trabajan en caminería histórica a abrir más los ojos, y no sólo ante las enormes posibilidades del trabajo de campo y arqueológico, sino también, aun sin quererlo, ante la conveniencia de ubicar los caminos en redes, de combinar en cierta medida los dos enfoques ya aludidos y preponderantes (y casi siempre discordantes) en este campo. Campo en el que, por lo visto, parece que la red viaria necesita tanto al vestigio caminero como éste a aquélla.— ALBERTO ANSOLA

*Paisajes cantábricos: entre La Marina y los Picos de Europa**

Este libro es el resultado de una cuidadosa revisión del trabajo de investigación de Jesús Ruiz Fernández,

* RUIZ FERNÁNDEZ, J. (2006): *El paisaje natural de la Sierra de Juan Robre y Jana*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 191 págs.

becario predoctoral de Investigación y Docencia de la FICYT, realizado bajo la dirección de Miguel Ángel Poblete Piedrabuena, con el que obtuvo el Certificado-Diploma de Estudios Avanzados en el Programa de Doctorado «Análisis, Representación y Ordenación del Territorio», que se imparte en el Departamento de Geografía de Oviedo. Se trata, pues, de un trabajo individual pero no aislado, inserto en un proyecto científico, en equipo y a largo plazo, que tiene como meta el estudio y gestión de los paisajes naturales de Asturias.

La atención metódica, analítica y sosegada sobre el paisaje es una actividad tradicional del geógrafo desde que Humboldt abre el camino a la Geografía moderna. Que en 2006 los geógrafos jóvenes continúen preocupados por el análisis integrado del paisaje, denota dos hechos significativos. Por una parte la necesidad creciente del estudio y conocimiento del territorio a diferentes escalas y detalladamente, lo que está unido a una creciente demanda social de la defensa y valoración de los paisajes. En segundo lugar, a la incapacidad de la ciencia por realizar estudios holísticos que afronten de modo directo la complejidad de la realidad geográfica.

En el primer aspecto cabe destacar que las sociedades actuales necesitan más que nunca un conocimiento exhaustivo del territorio, donde el medio físico tiene un papel en las potencialidades de ese territorio o en los factores limitantes que determinan su gestión. La intervención secular sobre el territorio, sus cambios físicos y de usos y su dinámica actual, caracterizada bien por los cambios rápidos de uso y la renovación casi total de las estructuras territoriales, o bien por el abandono y fosilización de las mismas, siempre con un cambio funcional que conduce a su transformación, hacen necesario e imprescindible conocer, y para ello estudiar, las condiciones naturales del territorio. Los cambios físicos —edáficos, hidrológicos, morfodinámicos, climáticos— que soporta un territorio condicionarán su evolución posterior y la capacidad de las sociedades que se asientan en él.

Respecto al segundo punto, es necesaria una breve reflexión. Distintas disciplinas han fracasado en el estudio integrado de los componentes del sistema natural, así como del social. Es en el estudio de las complejidades, de los hechos interconectados en sí mismos, donde la ciencia actual, heredera de las corrientes positivistas y racionalistas, no es capaz de analizar los elementos ya integrados. Y la posmodernidad no ha resuelto este problema, pues a menudo ha recurrido a métodos no acordes con los presupuestos científicos que se han demos-

trado eficaces para el avance del conocimiento. La Geografía se ha enfrentado a este problema desde hace ya más de dos siglos resolviendo la integración como la sucesión del análisis de los componentes principales y la síntesis posterior. Análisis y síntesis como método de integración de los elementos del sistema natural y territorial tienen en Humboldt, Reclus, Penck, Troll, Sochava, Tricart o Bertrand una honda tradición, un común hilo conductor con variaciones y adaptaciones múltiples, y un objeto, el paisaje, como catalizador de la combinación de elementos, estructuras y dinámicas en un hecho real e integrador. Si la preocupación metodológica debe continuar presente, también debemos avanzar en el conocimiento territorial, en el estudio de los paisajes y territorios. Y el paisaje se ha mostrado como un concepto eficaz para afrontar el conocimiento sintético de la superficie terrestre y las múltiples interacciones que en ella se producen.

Jesús Ruiz afronta el estudio del paisaje natural de una porción de la cordillera Cantábrica al norte de los Picos de Europa, la Sierra de Juan Robre y Jana, poco conocida en sus contenidos naturales y sociales, pero en plena transformación y constantes cambios desde hace más de un siglo. Y lo hace conforme a los presupuestos integrados y a escala local, aportando un conocimiento útil para sus moradores, que han cambiado sus actividades y son el motor de los cambios paisajísticos, a los gestores locales o regionales, que disponen de un juicio territorial acorde con las necesidades, y a los estudiosos de la montaña cantábrica, de Asturias o la montaña atlántica, que disponen de una información y de unos saberes directos, basados en el rigor y el método.

Los cambios naturales o inducidos por el hombre condicionan la dinámica natural y los usos humanos del territorio, y transforman el paisaje. En las montañas europeas el sistema tradicional se implantó lentamente, configurando un territorio equilibrado y capaz de sostenerse en el tiempo mediante la gestión y las correcciones de los impactos, reutilizaciones y, en algunos casos, cambios funcionales y reconversiones territoriales, cuando se superaban los límites naturales, con un aspecto armónico. Pero no debemos olvidar que este sistema territorial se basó también en una importante fuerza de trabajo, un denso poblamiento y unas complejas organizaciones sociales que aprovechan los limitados recursos, y a menudo implicó modos de vida basados en la subsistencia, si no en la pobreza e incluso en la miseria. La sustitución funcional ha supuesto el abandono de unos territorios, mediante la emigración masi-

va y el cambio de actividades, y cambios de paisaje en los enclaves marginales. De este modo se produce una «naturalización» del paisaje, de la estructura territorial, fuertemente influenciada por el hombre, a la espera de un cambio funcional o de la imposición definitiva del sistema natural. En otros casos, los cambios funcionales rápidos, siempre condicionados por los límites físicos del territorio y las herencias territoriales, implican transformaciones radicales en las estructuras territoriales, en la funcionalidad y en el paisaje. Es necesario, pues, afrontar el estudio detallado de la estructura, la dinámica y los flujos que intervienen en el sistema natural, las potencialidades y limitaciones derivadas tanto de las condiciones naturales como de las seculares intervenciones humanas.

Hoy día, los problemas globales y la escala planetaria preocupan a la sociedad ante los inminentes cambios de honda influencia natural y social. Los cambios globales previstos en el medio natural a escala planetaria tienen un impacto social a muy diferentes escalas. Las escalas local y comarcal han acogido y reciben el impacto inicial, como ha demostrado W. Wright (*Breve historia del progreso*), transformando el medio natural y las sociedades o eliminando culturas, y paisajes, cuando son incapaces de conocer el medio en el que se desenvuelven, de comprender las dinámicas naturales. Si en el pasado a menudo las herencias culturales y el sistema socioeconómico impidieron predecir colapsos ambientales a las escalas local y regional, en la actualidad, en las complejas sociedades tecnocráticas y de la información, tan preocupada por la globalización y los problemas planetarios, está mostrando una escasa atención a los cambios locales, a su naturaleza y su cultura, cuya suma afecta a regiones y continentes, a personas, comunidades y sociedades. Por ello, si debemos tener preocupaciones universales que permitan intervenir en los procesos globales y a escala planetaria inducidos por el hombre, es igualmente necesario un exhaustivo conocimiento local, de la escala a la que se concretan los impactos globales, se generan las transformaciones y se forjan dinámicas —naturales, sociales— viables o inviables para la vida humana digna, donde se define y garantiza, en definitiva, la continuidad de la vida. Y la Geografía, como disciplina orientada al estudio del territorio, del paisaje y de las relaciones espaciales de los sistemas naturales y sociales en la superficie terrestre, a todas las escalas, tiene herramientas y métodos adecuados para enfrentarse al análisis y ofrecer un conocimiento que permita la intervención adecuada y ponderada con el menor grado de incertidumbre posible.

Todo ello subyace en el trabajo de Jesús Ruiz, donde afronta el estudio de los paisajes de una porción de la montaña oriental asturiana. Una sierra drenada por el río Cares y sus afluentes, calcárea y atlántica, con un paisaje propio de las montañas menores que enlazan la divisoria con la marina. Para ello, el autor afronta el estudio del paisaje natural desde la Geografía Física Global, adaptando el método de Bertrand, cuya principal aportación se realiza en la década de los setenta también en la Cordillera Cantábrica. Al análisis sectorial, la parte analítica del estudio, le sigue una síntesis, realizada mediante el establecimiento de «unidades de paisaje». El análisis se inicia con el estudio del relieve, considerado como la infraestructura del paisaje y definido prioritariamente por unidades morfoestructurales y la evolución geomorfológica. Los condicionantes climáticos se estudian también desde la perspectiva analítica, como base para conocer las potencialidades o limitaciones biológicas, del mismo modo que la hidrología, donde se muestra la importancia de la nieve en el régimen fluvial.

La mayor atención del trabajo se centra en el «paisaje vegetal». Las influencias humanas en la distribución y estructura vegetal se analizan a partir de los usos de suelo y las actividades desarrolladas en el tiempo, junto a la evolución del poblamiento. Es una elección el situar este análisis en el paisaje vegetal. Bien podría estar en un apartado propio o en relación con otros elementos, pero el autor acierta, en mi opinión, al exponerlo antes de las formaciones vegetales, a las que condiciona de modo directo. El mosaico vegetal se presenta como la resultante de las interacciones entre relieve, clima, suelos e intervención humana, y al tiempo como elemento principal de la configuración paisajística. Unos u otros factores dominantes, o la combinación de todos, nos explican la distribución y configuración de las distintas formaciones vegetales, y apunta una diversidad que enriquece un paisaje agreste, variado y de indudable belleza. Hayedos, robledales, castañedos, bosques mixtos de robles y castaños, avellanedas, espinares, saucedas, brezales, tojales, aulagares, helechales, prados y cultivos forestales forman, junto a los encinares, un cortejo vegetal indudablemente variado y valioso en sus combinaciones múltiples. La encina, la única capaz de sobrevivir en las laderas de las magníficas gargantas cantábricas —la Hermida, el Cares—, es protagonista involuntario de los rocosos paisajes de la Garganta del río Cares en Cabrales, a pesar de sus espaciados ejemplares, pero también de las áreas cimeras. El autor se decanta por una interpretación paleogeográfica, en ma-

yor medida que a unas condiciones geoecológicas asociadas a las calizas y la pobreza y sequedad edáfica.

Relieve, clima y vegetación constituyen los componentes principales que permiten afrontar la síntesis, las unidades de paisaje que conforman la faz del territorio estudiado. Las unidades mayores, definidas por el relieve (la plataforma calcárea culminante, la garganta del río Cares y los valles y afluentes del Cares) están constituidas por unidades menores, en las que la vegetación, junto con el relieve, la litología o los suelos en ocasiones, son los elementos preponderantes para su definición. Se establece un mosaico de diez unidades de paisaje, porciones de elementos geográficos diferenciados que conforman el paisaje de esta montaña media atlántica, en la que no se aprecia la existencia de una organización vertical, aunque los fuertes desniveles condicionan la estructura y dinámica de los paisajes. Todo ello permite comprender la configuración y la dinámica de cada uno de los ámbitos definidos y del conjunto del territorio.

El análisis de la Sierra de Juan Robre y Jana se fundamenta y apoya en la cartografía temática. Los mapas, representados por imperativos editoriales a una escala aproximada de 1/45.000, constituyen parte esencial del análisis de los elementos principales en sí mismos. De hecho, es plenamente acertada la elección de esos componentes principales en función de la posibilidad de ser cartografiados, adquiriendo así una plena consideración geográfica. Son una herramienta de análisis, pero también un valioso documento para estudiosos o gestores de los paisajes y los territorios en los que se inscriben. A los mapas de síntesis, como el hipsográfico, claro, conciso y expresivo de la geometría y los lugares del área estudiada, o el mapa geológico, de igual claridad y fácil lectura, se añaden las aportaciones originales del autor, los mapas geomorfológico y de vegetación.

El mapa geomorfológico se adecua a los sistemas cartográficos existentes, lo que facilita la lectura del mismo. Sigue prioritariamente el sistema cartográfico francés (Rcp77) desarrollado por Tricart, con adaptaciones puntuales de signos y colores que le permiten una gran expresividad. Es un mapa prioritariamente morfoestructural y morfogenético, articulado en siete niveles de lectura, que conforma un documento claro y representativo de los distintos ámbitos de relieve. Aunque la elección del sistema cartográfico francés implica la reiteración de información geológica y litológica, la información geomorfológica es clara, exacta y permite el reconocimiento inmediato y preciso de los caracteres

del relieve. La minuciosidad de la representación, la amplitud de la leyenda (54 elementos representados) y la relevancia de la información conforman un documento de excepcional interés, que refleja (en los nueve niveles de terraza donde se asienta Arenas de Cabrales, en los tipos de depósitos fluviales, en la diversidad de las formas kársticas, etc) una labor exhaustiva de cartografía y trabajo de campo. De igual modo, el mapa de vegetación sigue los criterios establecidos por los sistemas cartográficos al uso y permite la rápida y certera visualización de la distribución de las formaciones, así como la complejidad y diversidad vegetal de algunas áreas —plataformas culminantes o garganta del río Carres—. Con sólo tres niveles de lectura y una leyenda que representa 10 elementos, se ha optado por la claridad a costa de no incorporar su dinámica. Es un documento eficaz y sencillo, en su plasmación, que no en su realización.

Finalmente, el «mapa de unidades de paisaje» recoge y expone la aportación del autor, su interpretación sobre la estructura interna del paisaje de la sierra. Para ello utiliza un sistema cartográfico propio, efectivo para la representación de unidades mayores y subunidades. Tres grandes franjas de paisaje ordenadas latitudinalmente que conforman un territorio de la montaña asturiana, que ahora somos capaces de comprender mejor. Pero el valor de la cartografía trasciende al de cada mapa individualizado, pues es la combinación de los distintos mapas, técnicamente impecables y expresivos de lo que el autor ha deseado representar, lo que enriquece esta aportación al conocimiento de la Sierra de Juan Robre y Jana.

El Real Instituto de Estudios Asturianos publica, haciendo posible su difusión, una investigación geográfica sobre una porción de la montaña asturiana realizada por Jesús Ruiz como contribución al conocimiento de sus paisajes, que ayudará a comprender, a propios y extraños, este territorio, a disfrutar de sus paisajes y a considerar los altos valores de unas sierras a menudo desdénadas a favor de las cercanas cumbres o gargantas cantábricas de los Picos de Europa. El autor ha demostrado la necesaria valentía de enfrentarse a lo marginal, respecto a intensos polos de atracción cercanos, y ha aplicado todo el vigor e inteligencia necesarios, también un gran esfuerzo y dedicación en la labor de campo y documental, presente en el texto. La claridad cartográfica y precisión expositiva le permite volcar sus conocimientos hacia sus lectores, que sin duda nos beneficiamos de la realización y publicación de este trabajo. En él se identifican elementos, estructuras y dinámicas que pone a disposición de quien quiera, o deba, conocer los paisajes de estas montañas. Y lo hace entendiendo el paisaje y expresándolo con gusto, con el cariño por la tierra propia y la precisión del saber. Ambos favorecen la comprensión y la pasión por mostrar una realidad dinámica, cambiante y difícil, la de los paisajes de montaña. Este libro, centrado en el estudio del paisaje, aporta, pues, una valiosa información y un profundo conocimiento para entender y valorar más esta montaña, sus paisajes, su naturaleza, y por tanto sus habitantes y el territorio que han organizado, y para gestionar o intervenir con el adecuado conocimiento en esta porción de la montaña asturiana.— ENRIQUE SERRANO CAÑADAS